

Hoy, sin embargo, habló hasta por los codos. Así suele suceder cada vez que comete un delito. No es de sorprenderme que a estas ya esté enterado de que la mujer nos envió una carta con las pruebas que indicaban su embarazo de cuatro meses y medio. A mamá le regaló una caja de bombones, improvisó algunas palabras de autculpa, habló conmigo sobre el partido de ayer, hasta que de pronto pareció fatigarse y echó la cabeza para atrás.

La espuma blanca que emanaba de su boca me hizo comprender el porqué mamá me había mandado a comprar aquellas pastillas en la farmacia.

Ella se puso de pie. Recogió los platos. Hacía tiempo que no la veía tan ágil. La observé intentando hallar una respuesta y por más que quise arrancarle una palabra, terminé por rendirme ante el cadáver expuesto ante la mesa.



REDUCCIÓN DE TEXTOS

Diego Escalante Urrelo

El sol de la tarde teñía la avenida de un naranja inusual. La campana de salida acababa de liberar a Domingo de la prisión colegial. El día fue un misterio inexplicable para él; lo había dejado confundido y atolondrado. Su mente se disipaba entre teorías e ideas sueltas tratando de explicar lo sucedido, se distraía mientras esperaba en el paradero... esperaba... esperaba...

—Carajo, no puede ser que también mi micro me ignore.

Una señora que subía a un bus miró de pies a cabeza al escolar.

Resignado, resolvió volver a casa caminando. Su día estuvo lleno de situaciones extrañas. Se había quedado dormido, como de costumbre, y al llegar al colegio, había dudado mucho antes de dejarlo entrar. Felipe, su cómplice para armar bromas, no le había prestado mucha atención, casi como si se hubiesen peleado. Sus profesores ignoraron sus intentos de intervenir en clase. Se sentía excluido, casi eliminado. Pensaba si es que todo no sería una mala broma, una conspiración.

La calle se sentía cálida a pesar del otoño y el sol parecía congelado en el cielo. El viento desordenaba el enredado cabello de Domingo. Aprovechando la caminata, se desvió hacia uno de sus parques favoritos. En la mochila llevaba una edición a medio leer de un libro de ciencia ficción sobre viajes a Marte y las aventuras de los colonizadores del planeta rojo. Excusa y compañía perfecta para tomarse un descanso.

El viento hacía crujir los antiguos y altos árboles de eucalipto. Los rayos de sol

jugueteaban a atravesar los pequeños espacios que las ramas y hojas les cedían. Las hojas más secas y cansadas se dejaban caer, vencidas, sobre las veredas. Domingo las aplastaba con sus zapatillas gastadas, descocidas. El cemento de la banca se sentía cálido, el sol aún la cubría directamente. Domingo sacó el libro de su mochila y comenzó a leer, intentando relajarse.

Antes de subir hacia las colinas azules, Tomás Gómez se detuvo en la solitaria estación de gasolina...

El primer profesor del día no lo había ni mencionado al tomar asistencia. Sus compañeros no se habían acercado a preguntarle nada de literatura, ni para tomarle el pelo, según fuese el caso, por estudioso o vago. No entiendo, pensó. Remilgó la cara y siguió con su libro: ... había en el aire un olor a tiempo...

Tampoco Felipe lo había considerado a la hora de hacer bromas. La mecánica siempre era inventarlas juntos.



—Tarado, seguro es lo de la flaca esa de nuevo —la excusa era muy poco convincente, pero se esforzó en creerla.

¿Qué olor tenía el tiempo? El olor del polvo, los relojes, la gente...

Domingo se interrogaba buscando razones para que sus compañeros lo ignoraran con tanta prolijidad y decisión.

—¿Puedo? —una voz suave rompió la monotonía del ruido de fondo del parque—. No me gusta tomar café solo y las bancas vacías me deprimen. —Sus palabras no causaban reacción alguna. Intrigado, el hombre se ajustó los lentes sobre la nariz, sonrió y dio un rápido tirón a uno de los rulos entre la maraña de cabellos del muchacho—. Hola.

La cara de Domingo era una mezcla de sorpresa y fastidio. El invasor le extendía la mano. Confundido, Domingo imitó el gesto.

—Es uno de mis favoritos —dijo mirando el libro sobre el regazo de Domingo—. Me gusta mucho lo que pasa con *La casa Usher II*. Es una lección finísima, ¿no te parece?

—Aún no he leído ese —respondió, un poco cortante y nervioso—. Estoy en *Encuentro nocturno*.

—Uno de mis favoritos definitivamente. Un favorito en un favorito. ¡Tremenda coincidencia! —El hombre sonreía mientras hablaba, su apariencia no daba motivos para temer, pero su actitud tan confiada consternaba a Domingo.

—¿Sabes? Nunca me convenció eso de que tus zapatillas estuviesen rotas. —La sorpresa de Domingo volvió junto con un ligero cosquilleo en la base de la nuca.

—Al principio, claro, me parecieron un buen detalle. Estaba muy seguro de tu estilo y de tu aspecto, pero creo que al final son cosas que te hacen muy reemplazable.

—¿Tanto sabe de mí por mis zapatillas? Me va a hacer correr a la tienda a comprar otras —Domingo intentaba recuperar confianza con un poco de humor. La cara del hombre se deformó con una carcajada. El sonido estridente de su risa le recordó a Domingo cómo todos habían reído en el descanso de cosas que pasaron el día anterior, pero que Domingo no lograba recordar.

—¡Claro, muchacho! ¡Faltaba menos! ¿Acaso no crees que todo tiene una razón de ser? ¿Crees que es casualidad que estemos en esta banca precisamente, y tú estés leyendo ese libro precisamente?

Domingo hizo una mueca de fastidio. Otro filósofo de parque, pensó.

—Todo está muy bien medido, muchacho, lo que se quita, lo que se agrega. Lo que se quita en especial. —El hombre perdió la mirada en el horizonte al decir esas últimas palabras.

Lo que se quita, esas palabras resonaron en la mente de Domingo. Se preguntó si es que había algún significado mágico entre ellas y su extraño día. Quizá sus amigos habían decidido quitarlo de los desmanes del día anterior, quizá habían decidido tenerlo al margen porque perdieron la confianza en él.

—No sé, a mí me parece que todo está muy bien como está.

—Pues a mí me parecía que en esa esquina hacía falta un puesto de cafés y ya ves. —El hombre alzó sonriente su vaso de tecnopor.

—Domingo —empezó nuevamente el hombre, mientras miraba al infinito—, quizá algún día, si vuelves, puedas entender que una historia a veces es mejor, no por lo que incluye, sino por lo que deja fuera.

El hombre volvió la mirada hacia el otro extremo de la banca, detuvo los ojos en la copia abandonada de *Crónicas marcianas*, la tomó, dio un último sorbo a su café, se puso de pie y caminó hasta desaparecer entre la gente.

INADVERTIDO

KNOCKOUT

Gracia Sánchez Griñán

La vida social de cada alumna se definía en este particular momento: 12:40, hora del almuerzo en el gigantesco jardín sintético. Este sitio era el núcleo de toda amarga calumnia, el agujero negro ubicado entre los tres pabellones. Las escolares dejaban correr el agrio sabor que invadía sus mandíbulas cada vez que pisaban aquel Edén.

Alexia Tudela desfilaba por el campo bajo las densas nubes de color plomo. Todas las alumnas la contemplaban y eso la ensoberbecía. La pegajosa humedad se impregnaba y el viento congelaba hasta el último pelo. El olor a envidia y la helada ira se rebalsaban de la institución. El grupito de las Amigas y Rivales degustaban sus dietéticas loncheras, mientras presentían la llegada del último chisme: la alumna nueva.

Esperanza Añaños provenía de Ayacucho, lugar donde aprendió a enmudecer sus pensamientos. Su familia decidió migrar a Lima en la época de Sendero Luminoso y, con el tiempo, se convirtieron en exitosos empresarios textiles. Su peculiar adicción por comer obleas todos los recreos era un acto aborrecido por Alexia. Esperanza había encontrado en esa galleta el santo remedio para aliviar las incontrolables angustias que la ahogaban. La suave piel morena que poseía, su esbelta figura y su deslumbrante cabello oscuro eran los puntos de ebullición de los incontrolables celos de Alexia. Fue así como se convirtió en su nuevo blanco.

Una lluvia intensa. 3.00 p. m. Esperanza acababa de llegar a su casa después de haber sobrevivido a otro largo y degra-